

## EL EDUCADO EN FRANCIA

Ramón de la Sierra\*

Hace cuatro meses que llegó de Francia mi primo político don Juan Bullicio, enviado a París con el objeto de recibir una brillante educación que correspondiera a su elevada nobleza. Salió de México cuando apenas tenía dieciséis años, y en los cuatro que dedicó a su educación murió su buen padre, que no tuvo el consuelo de despedirse de Juanito, ni la grande satisfacción de verlo, como él decía, un hombre de provecho, puesto que había *corrido cortes*. Y en verdad que había venido el más civilizado que se pueda encontrar, como lo atestigua su buena madre, que lo ha presentado con orgullo a todas sus amistades. Yo, que participo del noble orgullo de mi tía, quiero presentar al público el retrato más perfecto de mi ilustrado primo.

Comenzaré por decir que la tarde en que llegó, después de abrazar a su familia, y pasadas las emociones de gozo, que eran consiguientes al volverse a ver una madre a un hijo, empezaron las preguntas de viajero; pero las respuestas de Juan eran parte en mal castellano y parte en pésimo francés, por lo que mi tía se quedaba con la boca abierta sin entender una jota.

—¿Qué te pareció París, hijito? —le decía mi tía.

—Ay, *ma mère, je vous dit* que no hay *dans le tout le monde* ciudad más *jolli* que París.

—Juanito, no te entiendo.

—¿*Ne vous entendes pas* cuando yo parlo *le francés* como si fuera *fiils de France*?

—Juanito, hijo mío —decía mi tía arrugando sus pequeños ojos—, ¿qué tienes? Creo que estás tartamudo.

Y Juanito volvía a mezclar los idiomas, sin saber ninguno.

Al cabo de algunos días ya se iba acostumbrando a hablar castellano. En cuanto a su instrucción, puedo asegurar que mi primo perdió el tiempo, su padre, el dinero, y los que lo oyen pierden la paciencia.

—¿En qué colegio estudiaste? —le pregunté un día.

Y él, fijando sus ojos en mí y con una risa maliciosa, me respondió:

—Yo estuve en la Escuela Politécnica, señor mío.

—¿Y qué aprendiste?

—Todo lo que en ella se enseña: matemáticas, física, mineralogía, cirugía, táctica de línea, teneduría de libros, farmacia, humanidades, esgrima, etc.

\* Sierra, R[amón] de la, «Costumbres. El educado en Francia», *Revista Científica y Literaria*, II (1846), pp. 326-327.

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a40c?intPagina=892&tipo=publicacion&anio=1845&mes=01&dia=01>

Ya veis, lectores, cuán instruido está mi primo; y luego no queremos enviar a París a nuestros hijos.

Sigamos el retrato. Mi tía determinó que Juanito tomase alguna profesión, pero este le dijo con magisterio:

—¿Quiere usted, madre mía, que un joven como yo abata su encumbrada nobleza con entrar a una oficina, o a otra parte, después de haber viajado y hecho su educación en París?

—Pero, hijo mío —le respondió mi tía—, yo no cuento más que con esta casa que me dejó tu padre, que en Dios descanse, y mis palabras no le ofendan.

—No importa, mamá, el Gobierno, al saber que estuve en París, que conozco su situación geográfica y su política, me enviará de ministro plenipotenciario, y ya usted ve que de empleado en la tesorería, a lo más con dos mil pesos, a embajador hay una diferencia como del cielo a la Tierra.

Y, en efecto, para acabar de persuadir a mi tía de cuán instruido está en la política, le enseñó y leyó una proclama que hizo con motivo de la última revolución de diciembre. El insertarla aquí toda entera sería impacientar a mis lectores, por lo que tan solo copiaré algunos trozos. Dice el primero: «Marchad, marchad, hijos del pueblo. Sostened con las armas en la mano vuestras libertades, como en otro tiempo los soldados de Leónidas defendieron las libertades de Esparta. Imitad a Marat cuando su potente voz hacía estremecer las bóvedas del Capitolio para asegurar la independencia de la antigua Galia. Imitad el valor de Danton cuando combatía contra Milcíades».

Y en otra parte dice: «Este pueblo mexicano, nutrido con la leche de España, imitará el valor de los hijos de Pelayo cuando en las escarpadas rocas de Asturias proclamaron la caída del imperio de los godos y vándalos».

Sabe de memoria *Los misterios de París* y *El judío errante*, aunque no conoce el mérito ni comprende el objeto de estas obras. Dice que conoció a muchos de los personajes que figuran en ellas y que dio algunas noticias a Eugenio Sue para formar los *misterios*, y está tan ocupado de estas obras que cualquier cosa que habla la refiere a alguna de ellas. Así es que a todos los porteros y zapateros les llama *monsieur Pipelet*; a su caballo le dice *jovial* y trata de dejarse crecer los bigotes como Dagoberto. Si pasa por un bodegón, dice: «He aquí *Le lapin blanc*». En punto de amores no hay quien le iguale en el estilo patético de sus cartas, como puede verse por la que copio: «Adorable Nicolassita: las divinas ilusiones que abrigaba mi mente desde que usted me dijo que me amaba hanse hundido en el horrible abismo de la duda en estos días de desesperación. El amor de usted parece resfriado, y para explicarme como un hombre grande del siglo, monsieur Eugenio Sue, las caricias de usted son glaciales. ¡Ah, mujer incomprensible! Si usted hubiera visto la feroz exaltación que sentí al verla, quizá me habría proporcionado éxtasis inefables de felicidad suprema. Ámeme usted, niña graciosa, hermosa como la Venus de Fidias, gentil como la rosa del jardín de las Tullerías, fresca como una manzana en París, seductora como la margen del Sena, flexible como la columna de la plaza de la Concordancia, y viva como Adriana de Cardoville. Si usted no me ama me daré un balazo, aunque no creo en el infierno, pero desde los oscuros antros del negro Cocito me acordaré de la mujer a quien consagré mi existencia y mi educación parisiense. Juan Bullicio».

Para completar el cuadro que me he propuesto, diré que ha sacrificado a su buena madre para vestirse a la moda. No ha tomado ninguna carrera porque espera salir a Europa de ministro. En cuatro meses que cuenta en México ha tenido diez o doce riñas con otros jóvenes, que sin haber ido a Francia han sido más fuertes que él, y lo han hecho huir después de lastimarlo. Mi tía está al perder el juicio por no saber dirigir a su hijo. Días pasados le consultó a su confesor si sería buena ponerlo en la casa de corrección. El padre le contestó que haría mejor en encerrarlo en la *casa de locos*, lo que, oído por Juanito, exclamó colérico:

—Yo no he de ir a *Bicêtre*, no he de ir a *Bicêtre*, que yo soy hombre *comme il faut*.